

# AGLAE

( P O E S I A )

Vista de A. S. en Córdoba

CORDOBA, 1953

# AGLAE

Editor:  
MANUEL ALVAREZ ORTEGA

Redacción y Administración:  
Escultor Alvarez - Santa Paula. - Córdoba

## SUMARIO

José Hierro.....	<i>La aventura   La realidad</i>
Pablo García Baena.....	<i>Santa María de Trassierra</i>
Dictinio de Castillo-Elejabeytia...	<i>A los seres celestes</i>
Blas de Otero.....	<i>Pido la paz</i>
Angela Figuera Aymerich.....	<i>Niño con rosas</i>
Pierre Seghers.....	<i>Cinco poemas</i>
Michel Manoll.....	<i>Dos poemas</i>
Elena Soriano. . . . .	<i>La abuela loca</i>



## JOSE HIERRO

### LA AVENTURA

Buscas los días. Desandas el viejo camino.  
Dices: «fué aquí... por aquí...»  
Buscas los días. Te aferras a escenas  
que son reflejo de un sueño en la sombra de un sueño.

Bucas los días. Te sumes en aguas heladas.  
Andas a tientas. «Fué aquí...» Te desgarras la carne.  
(De las negras agujas del pino caen gotas de música).  
Era aquí.

Buscas los días. (Más fácil hacer germinar esta piedra).  
Tañe la mar sus fugaces guitarras de cobre poniente.  
Las olas, al borde del alma revientan en polvo de estrellas.

Prentendes volver a tus días.  
Hilos de plata (la araña que teje el recuerdo),  
hilos de plata atraviesan la noche serena y desnuda.  
Cruzas, por ellos, los días, desandas el viejo camino:  
tus días.

Te buscas a tí.

## LA REALIDAD

La Copa se funde  
en el Fuego que ha sido su origen.  
Sobre el cristal, agua dura tallaba  
números, signos, figuras de vagos perfiles.  
Y de pronto, la pálida boca de llama  
clamó la verdad, la repuesta al enigma que había tejido la esfinge

Fin y principio entrelazan sus dedos.  
Sólo sombras (los días) encienden el mar y no quiebran su lá-  
Espuelas de plata (los días) (mina virgen.  
lloran su luz instantánea extinguida, su efímera estirpe.

Agua dura tallaba en la Copa  
horas y rostros y nombres—la vida que vive.  
Pero el fuego que ignora fronteras, el Fuego  
dió eternidad al instante enjaulado en sus límites.

## PABLO GARCIA BAENA

### SANTA MARÍA DE TRASSIERRA

A Rafael Alvarez Ortega, en el prodigio  
virginal de su Trassierra.

Octubre levantaba como un rezo su planto ..  
Colgaba de campanas las astas de los ciervos,  
encendía la pupila rojiza de las liebres  
y lento, como un ciego errante, sollozaba  
por los avellanares sorprendidos de bruma.  
El viejo leñador abatía la tarde,  
las ramas enredadas en un agua de oro  
y el hacha resonaba en los troncos del viento,  
en los miedos del viento huecos como colmena  
que dora el rubio enjambre. Herrerillo y zorzal  
la cabeza escondida esperaban la noche  
y la lluvia enjoyaba con su perla selvática  
en el bardal ruinoso los helechos reales.  
Palidecía la luz...Y el corazón del campo  
agrandaba su ritmo gigante y funeral  
como vientre de bestia que se tiende a morir,  
con el jadeo sordo del reloj que se para  
en la hora de Dios y lejano, perdido,  
el pífano de Octubre acompañaba el palpito  
velando de violetas las clavijas de plata  
y la luna surgía temerosa y silente  
temiendo derramar su copa de tristeza.

Pero ella salía descalza con el alba...  
Aun no sabía que amar...Iba descalza el alma

indecisa, buscando y los perros guardianes  
levantaban su rastró con humo de ladridos  
y un estruendo remoto de trompas desusadas  
la guiaba por viejos lagares de abandono  
cuyos nombres perfuma la aulaga y el lentisco:  
Rosal de Tres Palacios, Alto-Paso, El Soldado.  
Por el monte, la fuente del Arco y el arroyo  
del Bejarano iba feliz inaugurando  
el agua, las adelfas, el paraíso... Limpia  
se alzaba la mañana del mundo como dalia  
de fuego que su mano lustral purificara  
y el bardo del otoño se alejaba quejándose  
y un tiempo de inocencia pascual resplandecía.  
Pasaba y la caléndula encontraba sus ópalos,  
la monjil capuchina su sueño de abadías,  
la paloma los hombros del pastor y los pozos  
la sed del culantrillo y el rigor de los cántaros.  
Pasaba y tras la fresca ausencia de su huella  
se hinchaba la castaña en el punzante erizo,  
se endulzaba la ira vehemente de la víbora  
y las cabras de oro mordisqueaban las bayas  
de sangre al sol antiguo del claro caramillo.  
Aun no sabía que amar, aun no sabía el alma  
y era amor lo que ella despertaba a su paso  
y cuando estaba lejos aún seguía su música  
por los pinares graves y por los caseríos  
y era amor lo que hacía encender una lágrima,  
cuando ya aquellos montes jamás los pisaría,  
sobre la paz de Santa María de Trassierra.

## DICTINIO DE CASTILLO-ELEJABEYTIA

### A LOS SERES CELESTES

a Pierre-Louis Flouquet

Si, vosotros, sólo y siempre vosotros,  
celestes inmortales,  
sois los que encamináis mi vida hacia la aurora  
por espacio de una rutilante noche;  
los que alzais hasta los astros pitagóricos que rigen los destinos.  
Me disteis, proféticos, la luz creadora de las esencias,  
que ilumina a los hombres y en lo presente siembra lo futuro.

Felices sois, oh eternos,  
y en vuestras resplandecientes alas musicales  
alcé el vuelo de una poesía mensajera del alma.  
Por vosotros soy puro,  
con una virginal pureza anterior al pecado,  
el júbilo de la inocencia me inunda de inmarcesible infancia  
y vuestra beatitud me guía por todos los caminos de la tierra.

Oh excelsos seres gloriosos de túnicas blanquísimas  
que desde vuestra empírea morada habéis descendido hasta mi  
(corazón  
en el silencio profundo de las horas en que os esperé anhelante:  
ved qué dulzura me invade y cómo me transfigura el levísimo  
(toque de vuestros dedos luminosos  
aquí, a la orilla del Néckar,  
donde las aves cantan los himnos celestiales del Padre Eter.



ANGELA FIGUERA AYMERICH

NIÑO CON ROSAS

Sucedió en el recinto de una casa decente.  
En el seno de cierta familia  
comedida y honrada a través de los años.  
Un hogar honorable  
donde todo se hacía de manera discreta,  
y el sofá de la sala recogía amoroso  
las frecuentes visitas  
bajo el bello retrato del abuelo ministro.

Nació el niño a su hora.  
Correctísimamente.  
Con el llanto obligado.  
(Quizá un poco más dulce de lo que es la costumbre).  
Pero todos lo vieron.  
Se veía en seguida.  
En vez de ojos tenía dos bellísimas rosas.

Qué cruel desconcierto en la honesta familia.  
Se quedaron atónitos.  
Con un tanto (bastante) de terror y vergüenza.  
El papá (funcionario, cuarenta años y pico)  
era el más afectado.  
Con los brazos en alto, hizo malos pronósticos:  
«Esta rara criatura no valdrá para nada.  
No lo entiendo. Dos rosas para andar por el mundo».

Se olvidaban—mirándole—se olvidaban de todo.

De lavarle y vertirle.  
De ponerle en el pecho.

El seguía llorando por sus rosas. Seguía  
dulcemente llorando.

Fué la madre la única—cuando se hubo repuesto—  
que no hizo aspavientos ni extrañó lo más mínimo.

Tomó al niño en sus brazos.  
Le tocó las mejillas.  
Le besó entre las cejas.  
Sonrió a su marido: No te enfades, no es nada.  
Es un niño estupendo.  
Verá cosas divinas.  
Olerá a primavera.  
Y será tan hermoso tener rosas en casa!

PIERRE SEGHERS

NOVIEMBRE 1942

Un hilo de sangre  
En los labios del alba  
El tiempo que se salva  
La noche que desciende

El viento sobre la tierra  
Las manos sobre las hachas  
El cielo que se escconde  
Los corazones abiertos

La espera la espera  
El mal más profundo  
La llaga más honda  
Más vacía creciente

El mar que llenar  
La salina que beber  
El odio la gloria  
De separar siempre

Los frutos del invierno  
El frío que los quema  
El fuego en nuestras calles  
El hierro y el infierno

El mal de noviembre  
Qué hombre diría  
Que fué en nuestras manos  
Tan duro y tan tierno.

LOS HOMBRES

La sangre de los árboles  
Fluye en tus manos  
El viento del desierto  
Entierra los mármoles

El canto de la vida  
Enrojece en tu voz  
El tiempo se declara  
Más vacío que tú

Escucha se diría  
Que la cierva brama  
Los bosques tienen brazos  
Puños las selvas

La tierra tiene al fondo  
Altos cuerpos que andan  
Hombres puestos de pie  
Venidos para hablar

Ellos dicen que son  
El número y la masa  
Cada uno su mirada  
Más llena de esperanza

Cada uno su firme paso  
Su corazón y su fuerza  
Pues vienen hasta aquí  
Del fondo del pasado

Para arder al fuego negro  
Que hizo nuestra historia  
Se necesitaría creerlos  
O bien matarlos

¿DONDE IR DONDE VENIR?

Se escuchaba a lo lejos cantar los montes Se oían  
Los perros amarillos de los días seguir las caravanas  
Y los hombres tenían candelabros de oro  
En sus alzadas manos altas como puertas  
¿Dónde ir de dónde venir? Como se llega de un abismo  
Una llamada una voz en lo desconocido gritaba.

SEPTIEMBRE 1939

Más allá de los límites de la vida hay siempre otra nueva vida  
Cuyas fronteras son desconocidas  
Más allá de los días olvidados  
Hay siempre la conciencia de otro dominio  
Hay siempre un aire más vivo un cielo más claro  
Una inmensa aspiración que no te conocías

Una ruptura

Que enjendra un nacimiento maravilloso

CUANDO EL SOL

Cuando el sol un día no vuelva más a tus venas  
Cuando la fuerza que por ti pasa guarde su flujo en el fondo de  
(los mares)

Cuando en la arena de la nada blanco y liso como un pez  
Tu nombre a merced del recuerdo vaya flotando

Cuando el viento mezcle tus palabras con el tiempo y la vida  
Y todo lo que pasaba por tus manos no pueda ya usarse  
Y nada te sea ya nada sino polvo  
Dí aún con aquellas dulces palabras que fueron tuyas

Que la luz de tus días fué siempre la más hermosa

MICHEL MANOLL

HOY VUELVO A VER LA VIEJA CIUDAD...

Hoy vuelvo a ver la vieja ciudad de mi adolescencia  
La casa donde escuchaba los latidos de la esperanza  
Tantos cielos caminantes se ha derrumbado desde entonces  
Que ya no encuentro bajo mis pasos sino un polvo marchito  
Y en el recuerdo voces tan bajas que apenas si pueden recono-

(cerse)

Todo está acabado

Las líneas empezadas se cerraron en crueles ángulos  
Los ojos de las amantes perdieron su brillo hermoso  
Y yo no soy ya más que un extraño que vacila buscando los  
(nombres de las calles)

Vuelvo lleno de palabras que hacen sonar sus cadenas  
Pobres palabras rotas y rígidas bajo sus alas  
Más presentes en mi corazón que en los hallados paisajes

Nada nada queda de mí sino lo que hoy llevo conmigo  
Ni siquiera volveré a encontrar a alguien que se vuelva diciendo  
«Es él es el niño que en otro tiempo cantaba a la noche»

He vuelto a ver la estación los grandes espacios vacíos en la  
(fila de los que esperan)  
Y la mano de mi madre haciéndome señas en la antesala de la  
(muerte)

Todo es aquí demasiado triste el aire está sembrado de espesa  
Un negro son de campanas rueda sobre el paisaje (niebla)  
Y un viento de piedra me abre su desnudo camino

No queda ya un instante que pueda liberarse de estas caídas  
Oh encierra entonces tu rostro en el alba (sombras)  
Que se alarga y busca entre el oleaje de los sueños que nacen  
La canción desconocida y la miel perfumada

POEMA DE CLEMONT SOBRE EL LOIRA

Tu rostro me llama  
En este rincón de la ciudad golpeada de suplicios  
Al borde de los muelles sembrados de hélices y velas  
Donde la sombra del mar deja flotar sus alas

Es tu voz todavía  
Quien levanta pasando sobre las tejas de mi techo  
Esta casa de apagados ojos  
Donde todo está roto y cuyo nombre olvido

Días del alba  
En la ardiente claridad de los mundos frente a frente  
En las manos extrañadas  
En la mirada virgen que sube de la mañana

Ha sido suficiente una palabra  
Una lengua desconocida encontrada en la sombra  
Para que el río dorado que toca mi hombro  
Me empuje hacia tu corazón y mueva nuestras esperanzas

Yo te espero sobre el camino  
Y tú sales de la maleza que la luz roza  
Hablas con veladas palabras de un infinito viaje  
Donde la mesa se pone al fondo de las largas avenidas

Amigo inconsolable más desnudo y sencillo  
Ausente de todas las tardes en los muelles de la noche  
Los ojos nublados por la escarcha de la partida  
Corroído por un cielo de risa y maravilla

Te hablo en secreto antes de ver tu paso  
Decrecer en la escollera donde bebíamos al viento la salmuera  
Un hacha cae (de las olas  
En el tronco nevado donde cantaba antes la primavera

Algunas hojas se amontonan  
En el camino perdido de los huracanes  
La sombra descose la puerta  
Las habitaciones desiertas y las muertas hogueras...

ELENA SORIANO

LA ABUELA LOCA

La abuela está loca. Todos la miran con burla y lástima cuando se pone a recorrer la casa de alto a bajo, escudriñando los rincones más oscuros como si buscara algo perdido, gesticulando sin cesar con sus manos nudosas y su rostro arrugado y cutido, murmurando, con su boca desdentada, palabras que nadie logra entender.

La abuela está loca, y la nuera se lo dice a voces, perdida la paciencia, cuando al menor descuido, la vieja echa ceniza en el puchero o tira una silla al pozo o se pone a perseguir a las gallinas con un palo hasta desgraciar algunas.

La abuela está loca, y los niños se lo repiten a coro, entre risotadas, cuando, después de cantar y jugar al corro con ellos, se harta de pronto y se pone a darle pescozones y patadas, repudiándolos:

—¡Malditos, malditos!

La abuela está loca, y todo el pueblo lo sabe. Y, como no se la puede dejar sola y los niños son todavía pequeños, cuando el hijo y la nuera tienen que irse a las faenas del campo, los dejan a todos en la calle, a la misma puerta de la casa, encomendados a las vecinas. Pero las vecinas, afanadas en sus quehaceres y en sus chismorreos, no pueden ocuparse de ellos mucho tiempo y, para descargarse, dicen a los niños:

—Tened cuidado de la abuela.

Y a ella, para que no se amohine, le dicen también:

—Tenga cuidado de los niños, ¿eh?...

La abuela dice que sí y se se sienta, muy conforme, en su posón de esparto, con unas tijerillas y un montón de trapos en el regazo. Y se pone a recortar los trapos con mucha aplicación,

torciendo un poco la sumida boca cuando tiene que hacer fuerza con la tijera sobre alguna tela dura, y mascullando a ratos su palabrería confusa. Sin alzar la cabeza ni un momento, corta y recorta sus retales en trocitos pequeñísimos, hasta reunir en el haldal un montón de confeti multicolor, que contempla y palpa con embalezo. Absorta en su tarea, se olvida por completo de los niños, que se entregan libremente a hacer diabluras: trepan por las rejas de los vecinos, desgarrándose los pantalones; atrapan lagartijas y les cortan el rabo para verlo saltar solo; se pelean furiosamente; se revuelcan en el charco del abrevadero; se arrojan botes llenos de tierra afirmando que son bombas; se cuelgan en la trasera de los carros que pasan con mies... Hasta que, cañisados de sí mismos, se acuerdan de la abuela: corren hacia ella en tropel y, sin darle tiempo a resguardarlo, le arrebatan su tesoro y lo tiran a puñados hacia lo alto, sobre ella misma, salpicando de colorines su canosa cabeza y su vieja toquilla verdinegra. Entonces, la abuela chillaba furiosa, como una rata en el cepo:

—¡Malditos, malditos! ¡Iros, iros de aquí, malditos!

Los niños no hacen caso y la empujan a un lado y otro, como a un tentempié, y luego tiran de ella entre todos y la levantan del serijo y, colgándose de sus brazos y de su falda, la hacen girar en molinetes—las canillas asomando tristemente, flacas y desnudas, atadas por las cintas de las alpargatas negras—, hasta que, mareada, se deja caer en el suelo, como un rebujo flácido y oscuro, del que salen carcajadas y sollozos indistintos.

—¡Abuela loca, abuela loca!—gritan los niños, crueles y cariñosos, echándose sobre ella, sin dejar de reír...

De repente: ¡Tararí, tararí!... ¡Plan, rataplán, plan!... ¡Chum, tatechúm, chum!... ¡Tararí!

—¡Los títeres, los títeres!

Los niños abandonan en el acto su presa y echan a correr calle abajo. Y las vecinas salen de sus casas precipitadamente, con los ojos brillantes, despejados del brumoso tedio pueblerino, y se van también corriendo hacia la diversión insólita que clarinete, bombo y platillo anuncian con desarmónico alborozo.

La abuela se ha quedado sola, sentada en medio de la calle, donde la sombra verpertina ensancha su caudal. Se incorpora

ágilmente y luego se queda quieta más de un minuto en el mismo sitio, mirando a todas partes con estupor, contrastando el bullicio que se aleja hacia el centro del pueblo con el silencio que, viniendo del campo, se dilata elásticamente y la permite respirar con amplitud... Pero, de pronto, se cruza la toquilla sobre el liso pecho, se aparta de la frente una greña de sucia plata donde aún se enredan hilachas de colores y, haciendo un visaje de alegría pueril, echa andar... Echa andar con ligereza suma, con seguridad y decisión, en dirección opuesta a la que tomaron los demás, dando la espalda a la llamada jovial y estridente de los titiriteros.

Traspone las tapias de los últimos corrales, atraviesa las eras donde empiezan a amontonarse las gavillas y sale al camino hondo. No se encuentra con nadie. Sigue andando cada vez más de prisa, no por recelo de ser perseguida, si no más bien por la ilusión de llegar a alguna parte, de alcanzar una meta confusamente presentida. Sus ojos azules—de un azul tan limpio y fresco que sorprende en un rostro tan mohoso y marchito—, miran sólo adelante, con la inefable impavidez que únicamente los niños y los locos pueden poseer. Gesticula y murmura con más exaltación que nunca, pero con más concentración también, con más misterio y simbolismo en los mensajes de su razón al mundo. Camina y camina—con paso tan rápido, que ni un muchacho de veinte años lo podría igualar—, como entre dos murallas, entre los altos ribazos sobre los cuales las mieses se agitan como dedos múltiples contestando a los signos de sus manos y replican a su voz cascada con un cuchicheo raspante, que sólo ella puede comprender. Y mientras sigue andando, casi corriendo ya, entre su pecho y su cabeza se va formando un nudo, un nudo tirante y duro que ata el pasado y el presente con tal fuerza que la ahoga. Tiene que detenerse para tomar aliento y se deja caer sobre el ribazo. Y al mirar en torno, con sus azules ojos lúcidamente dilatados, todo lo reconoce: el lugar, la hora, la luz malva y verdosa del crepúsculo, los ruidos apagados sobre el campo, como diluidos en tiempo y en espacio: el grito de un hombre a sus mulas, el ladrido lejísimo de un perro, el tañido de una esquila temblona, el graznido de un cuervo al encontrar carroña... Y más concreto y perentorio, sobre su cabe-

za misma, en lo alto de la linde, el rumor de las mieses maduras, susurrando su complicidad, emanando su excitante olor tostado, el olor rudo y acre del sudor de los segadores. . . ¡Aquí, aquí mismo, en este preciso instante! . . . El nietecillo y ella, sentados en esta agostada hierba menuda. Los dos, callados y jadeantes, descansando, en el tibio y umbroso silencio, de la caminata hacia el hato. El niño sonríe y restriega su naricilla mucosa contra el delantar de la abuela. . . Y entonces caen sobre ellos las voces. Entre el susurro fútil de las mieses, las voces tenues y nefandas: la voz de la mujer, suspirante y cariñosa, y la voz, furiosa de placer, del hombre, diciendo el nombre de ella delirantemente. . . (La abuela se yergue, rígida, sintiendo que se aprieta el nudo insostenible entre su corazón y su cabeza). Y el niño quiere ponerse en pie, con alegre y precipitada sorpresa,

—*Made, made . . . Made t'ahí.* — dice ahiladamente, con su media lengua floja; e intenta trepar por el ribazo.

Pero la abuela le sujeta entre sus brazos, le tapa la boca con premura y le cuchichea sobre el oído desesperadamente:

—¡Calla! ¡No, no es madre! ¡No es madre, calla, calla!

Y las voces inexorables — la voz dulzona y cantarina, inconfundible; la voz desconocida, de acento forastero, ronca de pasión, repitiendo el nombre de ella—, caen sobre la cabeza de la abuela, se escurren por su garganta hasta su pecho y lo oprimen con su doble nudo corredizo. Y ella arrastra al niño por el hondo camino, tapándole la boca, que sigue balbuciendo:

—*Made, made. Made t'ahí.*

—¡Calla, calla, maldito! No es la madre. ¡Cállate!

El niño calla asustado cuando ella se detiene de pronto, con las manos tendidas hacia adelante y mirando como una ciega; y es él quien tiene que guiarla hasta el pueblo, donde la abuela entra haciendo por primera vez gestos extraños, diciendo cosas incomprensibles, riendo y sollozando a un tiempo.

Ahora vuelve a reír y sollozar, cuerdamente. Pero el doble nudo aprieta cada vez más fuerte dentro de su pecho, hasta derribarla en el ribazo, cara a las estrellas, que acaban de brotar en lo alto, amarillas, como jacintos pálidos. . .

(Sobre su corazón parado saltó un grillo y se puso a serrar dulcemente el silencio nocturno).

## PIERRE SEGHERS

Pierre Seghers es conocido en España más que por su obra, por la difusión que han tenido las colecciones poéticas que en la actualidad edita. Nacido en París en enero de 1900, de familia del norte, su juventud fue un trasiego de ciudades (Marmande, Draguignan, París, Corcega) y actividades (nadador, futbolista, —según cuenta—, campeón de billar, estudiante y empleado en una administración). Sus primeros poemas los publicó en la revista «Yggdrasil». En 1939 aparece su primer libro «Bonne Espérance». Después, la guerra, destinándose a la Maginot. Allí funda la revista de campaña «Poètes Casqués», que siguió publicando en Villeneuve-les-Avignon con el nombre de «Poésie» al entrar los alemanes en París, revista que dió cita a los poetas de la resistencia, Aragón, Emmanuel, Eluard, Frenaud, Ponge, Dumaine, Borne, Masson, y hoy transformada en una colección que lleva lanzados más de trescientos títulos. Desde el fin de la guerra vive en París dedicado a sus tareas de editor.

Como poeta. Pierre Seghers, ha recorrido todos los caminos. Poesía y Verdad, se ha dicho, se confunden en él como se confundían en un Eluard o en un Desnos. De aquí que observada su obra en conjunto se nos muestre como algo vivo, dispar, hermoso, algo que conmueve «por su salud explosiva, su vibración amorosa» y su «fiebre de acción». Sin embargo su última poesía se va alejando del calor que animó sus primeros libros—la guerra, la lucha por la libertad—; evoluciona, de espalda a los cotidianos acontecimientos, sin querer ser intelectual, hacia un interior encuentro con sí mismo; es decir, se va haciendo más sobria, menos sentimiento, pero no por eso menos humana y verdadera.

Libros más importantes: «Bonne Espérance» (1939), «Le Chien de Pique» (1943), «Le Domaine Publique» (1945), «Le Futur Antérieur» (1947), y «Poèmes Choisis» (1952).

## MICHEL MANOLL

Michel Manoll nació en Basse, una aldea de Bretaña, el 9 de abril del 1911. Ha sido librero, maestro de escuela, redactor de un periódico de provincias, y en París, colaborador de numerosos diarios y revistas importantes y en la Radiodifusión francesa. Su primer volumen de poemas, «A Perdre Coeur», apareció en 1937, considerándosele desde entonces como uno de los mejores poetas actuales de Francia, hasta el punto de señalarlo Max Jacob como «le meilleur de sa génération».

Michel Manoll pertenece al último movimiento neoromántico. Su poesía es de una gran sencillez, directa, rica en imágenes y milagros cotidianos. Una poesía surgida de una necesidad vital, insoslayable, movida por la belleza misma de las cosas. «Fragile» escribe de él Jean Rousselot, en el número de «Paragraphes» dedicado a la Escuela de Rochefort—, mais à la façon des roseaux que nul ven ne peut briser, la poésie de Michel Manoll sait, mieux qu'aucune autre de ce temps, faire sentir l'essence même de la poésie tout en contraignant l'esprit à participer au drame profond que le poète doit vivre avant d'écrire».

Sus libros principales son: «La Première Chance» (1938), «Gouttes d'Ombre» (1944), «Astrolabe» (1945) y «Louisfer—en—poésie». Ha publicado así mismo una «Introduction à la poésie d'aujourd'hui», y en prensa se halla su obra «Rhapsodies des quatre saisons».

(NOTAS Y VERSIONES DE MANUEL ALVAREZ ORTEGA)